

La alquimia y la política imperial de los Austrias

- I. Introducción.**
- II. Los monarcas y la alquimia.**
- III. Felipe II y los intentos de fabricar oro en El Escorial.**
- IV. *El Toque de Alquimia*, de Richardo Estanihurst.**
- V. La *Summa Menor*, de Christophoro Parisiense.**
- VI. Una alquimia católica al servicio de los intereses de los Austrias.**
- VII. Conclusión.**

I. INTRODUCCIÓN

La alquimia tiene una doble vertiente, que es la clave de su singularidad: por una parte es una técnica de laboratorio, con un utillaje concreto y unas determinadas operaciones químicas, que ha sido estudiada por los historiadores de la alquimia como parte singular de la historia de la ciencia; por otra, es una elaboración simbólica, una serie de contenidos que forman parte de la historia espiritual de la humanidad: un proyecto de trascender la materia, perfeccionarla, espiritualizarla para conducirla a un quimérico estado de percepción ideal ¹. Ese proyecto espiritual se plantea conseguir, mediante el arte alquímico, lo imposible: que la materia llegue a ser aquello que por sí misma y lentamente llegaría a ser si no fuese obstaculizada y bloqueada en su proceso de espiritualización. Esa doble vertiente de la alquimia hace comprensible que haya sido estudiada por autores tan diferentes como Sherwood Taylor ², Holmyard ³ y Read ⁴ por una parte, y por Eliade ⁵ y Jung ⁶ por la otra.

Hay un tercer componente de la alquimia que no ha suscitado tanto interés entre los historiadores por su intrascendencia como contenido histórico, pero que tuvo un peso enorme en la pequeña historia, en la cotidiana historia de la alquimia. Ese componente no es otro que el interés económico y político que suscitaba el proyecto

-
1. ESTEVA DE SAGRERA, J., *La química sagrada*, Madrid 1991.
 2. SHERWOOD TAYLOR, F., *Los alquimistas*, México 1957.
 3. HOLMYARD, E. J., *Alquimia*, Barcelona 1961.
 4. READ, J., *Por la alquimia a la química*, Madrid 1960.
 5. ELIADE, M., *Herreros y alquimistas*, Madrid 1959.
 6. JUNG, C. G., *Psicología y Alquimia*, Buenos Aires 1957.

alquímico. A fin de cuentas, y simbolismos al margen, la alquimia se proponía fabricar oro y multiplicarlo. Aunque el alquimista se presentase como un filósofo de la naturaleza, como un sabio o un hombre de ciencia, era también una persona que aseguraba ser capaz de obtener oro y esa promesa interesó al poder y fue alentada por los monarcas, creyesen o no en la alquimia, concediesen o no crédito al Arte de Hermes. La tentación era demasiado grande como para desoír-la.

Química de laboratorio, proyecto espiritual, promesa de fabricar oro: he aquí el trípode sobre el que se apoyó la alquimia. Fabricar oro equivalía a disponer de poder, multiplicar la riqueza, aumentar los recursos financieros. Por ello, la historia de la alquimia está plagada de engaños, promesas incumplidas, ambiciones y embaucadores. Por esa misma razón, príncipes y monarcas contrataron a alquimistas para que les fabricasen oro. Interesados o no —probablemente no— en el simbolismo alquímico, lo cierto es que les interesaba, y mucho, disponer de oro para sanear sus finanzas y llevar a cabo sus proyectos políticos y sus empresas militares.

II. LOS MONARCAS Y LA ALQUIMIA

La relación entre los monarcas y la alquimia no es precisamente insignificante: Juan I de Aragón (1350-1395) contrató a cuatro alquimistas: Durán Andreu, Bernat Tolván, Angel de Franchavilla y Jaume Lustrach. Su sucesor, Martín de Aragón, continuó financiando las operaciones alquímicas de Jaume Lustrach, seguramente con la intención de que éste le correspondiese a la larga fabricándole oro y financiando su corte. Cansado de las promesas de Lustrach, ordenó su detención y la reina, influida por los espirituales, hubo de interceder en su favor ⁷.

Don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, invirtió buena parte de su fortuna en financiar operaciones alquímicas y terminó sus días endeudado en Alcalá. Peor le fue a Fernando de Alarcón, el alquimista que trabajó para Carrillo y que acabó procesado y degollado. Con tales antecedentes no resulta extraño que Felipe II, el monarca

7. ESLAVA GALÁN, J., *Cinco tratados españoles de alquimia*, Madrid 1987.

más poderoso de su tiempo, se interesase por la alquimia. Se respiraba en los ambientes cultos la influencia del lulismo y de las obras de alquimia atribuidas a Lull y el propio Juan de Herrera, constructor del Escorial, se inspiró en el cuerpo cúbico conforme a los principios y opiniones del Arte luliano. Leonardo Fioravanti, médico de Carlos V y de Felipe II, fue un adepto a la alquimia y en la Real Biblioteca del Escorial abundan los temas herméticos. La alquimia era una disciplina que todavía gozaba de prestigio y reconocimiento y aún no había sido expulsada del pensamiento científico ⁸. Era cuestión, pues, de ponerse manos a la obra y de fabricar oro.

III. FELIPE II Y LOS INTENTOS DE FABRICAR ORO EN EL ESCORIAL

Como monarca culto, es posible que Felipe II tuviese un interés teórico, conceptual, sobre la alquimia, pero lo que es seguro es que como rey agobiado por las deudas y como político enfrascado en costosos proyectos imperiales, tuvo un interés, perfectamente material, en que los alquimistas le fabricasen oro. No se trataba de proyectos espirituales ni médico-farmacéuticos, sino de asuntos imperiales.

En la corte de Felipe II la alquimia se convierte en un hipotético, incierto pero sugestivo milagro financiero. Ello justifica el interés de Felipe II por la alquimia, que se mantuvo muchos años, a lo largo de toda su vida. Contrató en Malinas al alquimista Tiberio della Roca y más tarde a otro alquimista que parece fue capaz de fabricar seis onzas de supuesta plata, que no resistía la prueba del fuego.

Más documentada está, gracias a Rodríguez Marín ⁹, la relación que Felipe II mantuvo con la alquimia a través de su secretario Pedro de Hoyo. En 1927 Rodríguez Marín dio a conocer los ocho billetes que Pedro de Hoyo dirigió al monarca sobre el arte alquímico, con las respuestas marginales de puño y letra de Felipe II. Pedro de Hoyo se manifiesta encantado con las promesas del alquimista contratado para fabricar oro, en una época en que la economía del monarca es-

8. ESTEVA DE SAGRERA, J., «Relaciones históricas entre la farmacia y la alquimia», en *Offarm*, 4 (1085) 69.

9. RODRÍGUEZ MARÍN, F., *Felipe II y la alquimia*, Madrid 1927.

taba agobiada por las deudas. El primer billete data del 30 de enero de 1567 y en él Hoyo explica que en su aposento ya estaban a punto los hornillos necesarios para fabricar oro. Las operaciones se llevaban con sigilo y en secreto, para no levantar suspicacias. El primero de febrero todo estaba preparado para el ensayo, que debía comenzar al día siguiente. Hoyo se muestra esperanzado y confía en que el ensayo tenga éxito, «que siendo así, todas las cosas de Vuestra Majestad se pondrán en el estado que yo deseo», clara alusión a la solución de los problemas financieros que padecía Felipe II, quien responde encomendando a Dios el feliz resultado del ensayo.

Pasan los días, no se obtiene oro y Hoyo empieza a mostrarse menos confiado y más dubitativo, si bien todavía mantiene la esperanza. El monarca tampoco desespera y declara: «aunque yo soy incrédulo destas cosas, ésta no lo estoy tanto». El billete del 9 de febrero detalla las operaciones realizadas y se deduce que se está en la fase de «nigredo» y que después de muchos trabajos el alquimista promete «volverlo al color perfecto». Otra clara referencia de Hoyo al interés comercial del ensayo: «este negocio es sin duda cierto; plega a Dios que así sea, como yo lo deseo; que siéndolo, el mayor negocio es que desde Adán acá ha subcedido».

Hoyo concreta incluso los resultados que espera obtener: «Preguntaba yo anoche a uno de los hermanos si con buena diligencia se podrían hazer siete u ocho millones en un año; respondiome muy en sana paz que aun veinte». Aquí la alquimia ha perdido todo componente espiritual y es una tecnología química que promete poder y riqueza mediante la obtención del oro, y no del oro filosófico, sino del codiciado y dorado metal.

Como en tantas operaciones de supuesta transmutación alquímica, la técnica utilizada por el alquimista es mezclar oro (50 ducados) con plomo y otros materiales, para obtener un peso mayor de una mezcla que contenía oro en menos concentración. Esa aparente multiplicación alentaba la esperanza con la promesa de la posterior purificación de la mezcla. Finalmente, todo fracasaba al evidenciarse que en las retortas sólo había el oro inicial y aún menos, pues se había alterado con las operaciones realizadas. Ese es el momento en que el monarca solía pedir responsabilidades y el alquimista replicaba reiterando sus promesas, que de convencer al monarca, condu-

cían a un nuevo y más costoso ensayo, también condenado al fracaso, por cuanto el alquimista no estaba en condiciones de realizar la transmutación metálica.

Felipe II se muestra cauteloso. Téngase en cuenta que no actúa como adepto ni como mecenas, sino como inversor: «Espero todo buen suceso; aunque yo, como he visto algo desto y no salir después en cantidad, todavía estoy sospechoso». La cantidad es, precisamente, el meollo del asunto, pues el resultado del ensayo contenía oro, pero en cantidades que no sólo no justificaban la inversión, sino que la hacían ruinosas.

Los billetes siguientes son informes en los que Hoyo pone al monarca al corriente del ensayo, con toda clase de detalles sobre el modo de realizar la fundición y el secado de la masa para conseguir la multiplicación de la plata. El objetivo es claro: «Luego en acabándose esta fundición se proseguirá a la multiplicación del cobre y las demás diligencias que faltan hasta perfeccionar el oro para que se pueda batir y acuñar escudos; y con ciertas diligencias que hoy se harán afirma el maestro que saldrán desta masa cuatrocientos ducados».

El 18 de febrero Hoyo cree que puede garantizar el éxito del ensayo y empieza dando gracias a Dios: «Bendito sea Dios. Este negocio va de bien en mejor». Hoyo asegura que el cobre ha sido multiplicado por segunda vez y que «ha quedado convertido en oro todo el peso que se echó de plata, y lo que se echó de cobre». Según Hoyo, sólo falta por transmutar parte del plomo empleado. Como resultado de ello, Hoyo se deja llevar por el entusiasmo: «Vuestra Majestad sea cierto que yo he quedado tan alegre y contento, que no me cabe el corazón en el cuerpo».

El 20 de febrero se enfría el entusiasmo de Hoyo, pues los alquimistas siguen fundiendo y volviendo a fundir, sin que se obtenga la multiplicación del oro. Felipe II responde de forma lacónica y sin grandes esperanzas. Por sus comentarios, no parece que en ningún momento se contagiase de la alegría de su secretario. Tampoco le interesan los aspectos teóricos del ensayo ni su trascendencia. Felipe II necesita oro y lo busca financiando un ensayo de alquimia en el que cree poco. Como tantos inversores ha de arriesgarse financiando proyectos inciertos por si diesen resultado.

El último billete supone el fracaso del experimento: los alquimistas reconocen su error y confiesan haber obrado de buena fe. Felipe II abandona el proyecto, renuncia a obtener oro y se resigna perder la inversión realizada. Acierta Rodríguez Marín, al defender, desde su punto de vista, el ensayo realizado por el monarca: «Para mejor servir a Dios deseaba tener más dinero Felipe II», es decir, para financiar el proyecto imperial de los Austrias y la causa de la Contrarreforma.

Las relaciones de Felipe II con la alquimia no finalizaron con el fracasado ensayo de 1567. Años después, en 1582, aceptó sin disgusto el trabajo que le dedicara Fioravanti: los *Cuatro tratados de Física*, de los cuales el cuarto está dedicado a la alquimia. Allí, Fioravanti, posiblemente ignorante del fallido ensayo, afirma: «Ha habido en el mundo muchos hombres que con el arte de la alquimia han allegado grandísimos tesoros».

Todavía en 1587, el «círculo del Escorial», entre ellos Juan de Herrera, se muestra interesado por los temas herméticos y el lulismo. En años posteriores se publica el texto de Diego de Santiago: *Dos libros de Arte Separatoria*, Sevilla 1593. También se editan *De Medicinae Fonte*, 1589, de Lorenzo Cózar, y el *Diálogo de Alquimia*, de Jerónimo Gracián, así como el *Toque de Alquimia* de Ricardo Estanishurst y una obra atribuida a Tomás de Aquino: el *Tratado del Arte de la Alquimia*. Desde el ámbito de la pintura, los lienzos de El Bosco, en especial *El Jardín de las Delicias*, tienen un componente alegórico impregnado de hermetismo y de simbolismo alquímico.

Felipe II era un rey devoto y católico. Su reiterado interés por la alquimia apunta la sospecha de una cierta heterodoxia, que se disipa al analizar las características del interés que Felipe II mostró por el Arte de Hermes. En ningún momento se observa otra vinculación con el hermetismo que el deseo, puramente material, de utilizar la alquimia para disponer del oro que precisaba. Además, el oro se necesita y se busca para ponerlo al servicio de una política imperial defensora de la tradición y la ortodoxia católica. Así las cosas, no hay sospecha alguna de heterodoxia y Felipe II se muestra como un defensor de la ortodoxia que necesita dinero y que lo busca allí donde se lo prometen.

La alquimia que se cobijó y practicó en El Escorial experimentó, además, un proceso de cristianización. Perdió sus componentes paganos y adoptó la moral católica en su descripción de las virtudes que son imprescindibles al adepto. No tenía otra finalidad que financiar los ejércitos de Felipe II, algo que por cierto estaba en las antípodas del genuino y original proyecto alquímico de trabajar junto a la naturaleza para ayudarla a ser lo que potencialmente era.

La alquimia del Escorial era, en cierto modo, una anti-alquimia, si se tiene en cuenta que los verdaderos alquimistas siempre resaltaban que el oro que buscaban no era el oro conocido, sino el «oro filosófico», y que éste no debía ponerse al servicio de quienes pretendiesen utilizarlo para sus proyectos materiales y mundanos. De modo que Felipe II no fue un adepto de la alquimia, sino un rey que pretendió, sin conseguirlo, utilizarla para sus objetivos.

En la alquimia genuina, el «oro filosófico» es un símbolo de la purificación de la materia expresada mediante la espiritualización metálica. En El Escorial, la alquimia queda reducida a una técnica que es financiada en cuanto promete obtener el oro necesario para financiar la política del monarca. Es una alquimia despojada de su verdadera naturaleza y convertida en un medio para obtener los ducados que Felipe II necesitaba.

IV. EL TOQUE DE ALQUIMIA, DE RICHARDO ESTANIHURST

La alquimia presentaba puntos de fricción con el cristianismo. Jung llegó a considerarla un movimiento pagano superviviente a la cristianización, que ejercía un papel compensatorio y corrector del cristianismo ¹⁰. En El Escorial se limaron las asperezas y el alquimista se convierte en un buen católico, por dos razones: es descrito como tal y pone su arte al servicio de Dios y de Su Majestad Católica.

La cristianización de la alquimia practicada en El Escorial se observa en dos textos fundamentales: el *Toque de Alquimia*, de Richard Estanihurst, estudiado por Luanco ¹¹ y Eslava y, sobre todo, en la

10. JUNG, C. G., *Paracélsica*, Buenos Aires 1966.

11. LUANCO, R., *La alquimia en España*, Barcelona 1879.

Summa Menor de Christophoro Parisiense, obra exhaustivamente analizada por Puerto en su tesis doctoral ¹².

El texto estudiado por Eslava es el Ms 2058 de la Biblioteca Nacional de Madrid, folios 248 a 257. Es un informe técnico y breve, nada oscuro ni alegórico, que pretende orientar a Felipe II en una cuestión fundamental: cómo diferenciar entre el alquimista verdadero y los embaucadores. Está fechado en 1593, muchos años después del fallido experimento de 1567. Cinco años antes de su muerte, Felipe II sigue interesado por la fabricación de oro y Estanihurst le dedica un texto para que no sea engañado nuevamente por falsos alquimistas, como le sucediera antaño. Estanihurst dice a su monarca cómo se puede diferenciar entre un verdadero alquimista y los que viven de falsas promesas y reiterados engaños. A pocos años de su muerte y a veintiséis de los billetes de Hoyo, Felipe II seguía buscando el oro alquímico, la multiplicación del oro para acuñar los preciados ducados.

Por mandato de Su Majestad, Estanihurst le pone al corriente de los engaños utilizados por los falsos alquimistas. Posiblemente algunos de esos trucos fue utilizado en 1567. Considera sospechoso que el alquimista pida materiales raros y costosos, que encarecen y retrasan el experimento. Lo verdaderamente interesante del texto de Estanihurst es que exige al alquimista unas virtudes que son las propias de un buen católico: no debe ser malo ni vicioso, y en ningún caso debe confiarse en un alquimista que use palabras mágicas, ya que esos encantamientos y supersticiones serían prueba de pacto con el diablo. Estanihurst recomienda agua bendita y la señal de la cruz contra la magia que pudieran utilizar los alquimistas.

El objetivo de la obra es que gracias a ella «se diferencien los buenos y sabios filósofos de los falsos sofistas y embaucadores, de los cuales hay gran número en esta nuestra era» y poner al servicio de Su Majestad Católica los conocimientos de la alquimia. Se lee en el Capítulo primero: «que emplease su talento en Servicio de V. Majestad cuyo real celo por todo el mundo se sabe, no es otro que con todo su poder y riqueza mantener la Cristiandad, oprimir la infidelidad,

12. PUERTO SARMIENTO, J., *La alquimia en la España del siglo XVII, a través de un manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de Madrid*, Madrid 1978.

defender la religión Católica, destruir a los muy abominables luteranos y calvinistas, pelear por Dios, y contra el Diablo, y para que V. Majestad pueda mejor entender los efectos verdaderos de esta estimada arte, y ver las falsas prácticas de los engañadores que andan de tierra en tierra procurando, si pueden, con sus grandes promesas engañar a los príncipes poderosos, hallo que era parte de la obligación que debe a V. Majestad tratar del uno y de otro en este librito».

Que el libro no tiene otro interés que su planteamiento práctico lo evidencia el propio autor al afirmar en el Capítulo tercero que presentó a Felipe II y enseñó a Francisco Bonilla por orden del monarca dos suertes de oro potable, «el cual jamás se puede tornar a reducir en oro». En 1593, fecha de la redacción del *Toque de Alquimia*, seguían realizándose en El Escorial experimentos con oro alquímico, y siempre con los mismos propósitos: mejorar el estado de las finanzas del monarca.

En el Capítulo quinto Estanihurst sostiene que ante la alquimia no conviene ser tan crédulo que se caiga en manos de estafadores desaprensivos, ni tan escéptico que se renuncie a todo experimento y por tanto también a la posibilidad del éxito. Para encontrar un punto adecuado entre la excesiva credulidad y el demasiado escepticismo, Estanihurst propone observar la vida y la moralidad del filósofo, así como sus conocimientos teóricos. Habrá que desconfiar, desde luego, si exige mucho dinero: «la común opinión de las más personas es muy errónea, suponiendo que no se pueden acabar estas cosas sino con millares de ducados, y por esta falsa opinión muchos consumen su hacienda y bienes, donde en verdad el magisterio consiste en mucho saber y poco dinero y no en mucho dinero y poco saber, y así los filósofos avisan a sus discípulos en diversos lugares de sus libros que en sus obras escusen los grandes gastos y costas como cosa no necesaria».

Estanihurst concluye su tratado con nuevas observaciones que permiten reconocer a los engañadores y finaliza apelando a la moralidad del alquimista: «Ultimamente, como ya tengo declarado, la vida y proceder del filósofo se debe muy bien considerar, porque si es dado a vicios es muy mala señal, como por el contrario si su intención es santa y buena, las obras darán testimonio de su sincero y justo proceder, y conforme debe ser estimado y honrado de reyes y

príncipes, como de otra manera, si es algún embustero debe ser muy bien castigado».

Tras su lectura, la obrita de Estanihurst, intrascendente desde el punto de vista de la historia de la alquimia, sirve para constatar el reiterado interés de Felipe II por la alquimia, interés que justifica que se le dedique un texto eminentemente práctico, orientado a poder discernir entre los verdaderos y los falsos alquimistas para que así Felipe II pudiese financiar los experimentos de un alquimista serio y docto y con ello mejorar sus finanzas, algo finalmente imposible, con *Toque de Alquimia* y sin él. Estanihurst escribe para el monarca un texto eminentemente práctico: cómo reconocer al alquimista sincero, justo y honrado y cómo no caer en manos de los embaucadores. En suma, cómo contratar a un alquimista y cómo beneficiarse de su Arte, algo que intentaron muchos pero que nadie consiguió.

Hay que poner, desde luego, un serio reparo al texto de Estanihurst: el verdadero alquimista, el adepto virtuoso, el filósofo justo, jamás trabajaría para un monarca, fuese éste o no católico. El oro filosófico era un símbolo de perfeccionamiento espiritual, no de poder político y religioso. El *Toque de Alquimia* omitió lo fundamental: todo alquimista que ofreciese sus servicios a un monarca y exigiese una recompensa era necesariamente un falso alquimista y un embaucador. Claro está que esto es precisamente lo que Estanihurst no podía decir a su monarca. Ciertamente es, también, que ni los abundantes estafadores ni los escasísimos filósofos del Arte hermético podían cumplir sus promesas, creyesen o no en ellas.

La simbología alquímica utilizada por El Bosco en *El Jardín de las Delicias* es otro ejemplo del interés de Felipe II por la alquimia y de la facilidad con que ésta fue asimilada por el espíritu de la Contrarreforma. El cuadro de El Bosco está plagado de escatología, violencia y sexualidad, como lo está de símbolos herméticos, pero todo ello desde una perspectiva moralizante que condena los excesos de la carne y los engaños del mundo. El mundo de la sexualidad se identifica con el pecado y con la condenación, la carne es un lastre a purificar si se quiere gozar del Paraíso y huir de los terrores del infierno. Nada hay en El Bosco de heterodoxo, como no lo hubo en la alquimia practicada en El Escorial. Los símbolos herméticos de El Bosco sirven para elogiar la castidad y la virtud y para condenar el

pecado; los ensayos de alquimia financiados por Felipe II no tenían otro propósito que, en palabras de Estanihurst, disponer de dinero para «pelear por Dios y contra el Diablo».

El Jardín de las Delicias describe las tentaciones de la carne, los castigos que son consecuencia del pecado, la beatitud asexual del Edén. Como en la alquimia, se pretende purificar la materia, redimir, espiritualizarla, tras pasar por la fase de putrefacción, de nigredo, de inmersión en el caos material del que debe desarrollarse el proyecto espiritual. *El Jardín de las Delicias* es el ideal, expresado pictóricamente, del clima moral, social y religioso de la Contrarreforma, esa Contrarreforma que Felipe II buscaba financiar mediante la alquimia, para lo que realizó los ensayos de 1567 y se instruyó, en vano, leyendo el *Toque de Alquimia* que Estanihurst le escribiera en 1593, para saber diferenciar entre los alquimistas verdaderos y los embaucadores, para huir de estos últimos.

V. LA SUMMA MENOR, DE CHRISTOPHORO PARIENSE

Christophoro Parisiense es el autor de la *Summa Menor*, un manuscrito alquímico conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, y que es una adaptación de la copia de otro italiano del siglo XV, aproximadamente de 1446. El manuscrito, estudiado por Puerto, fue escrito hacia 1612. El texto muestra la continuidad del interés de la monarquía española por la alquimia. En palabras de Puerto: «Cabe sospechar, pues, que si no fuera por el recelo con que la Iglesia miraba las prácticas alquímicas, la corte de Felipe II se hubiese transformado en algo parecido a la de Rodolfo II, en cuanto al número de alquimistas se refiere; sin embargo, los objetivos perseguidos por ambos eran bien distintos, pues si Rodolfo buscaba un mayor enriquecimiento de la cultura y de la ciencia llevado por su afán desmedido de saber, Felipe, tal vez sin descartar esta finalidad, perseguía fundamentalmente un enriquecimiento de sus debilitadas arcas, en las que las salidas eran mucho más abundantes que las entradas, a pesar de ser estas copiosas». La situación empeoró durante el reinado de Felipe III, quien debió tomar medidas inflacionistas para hacer frente al desequilibrio presupuestario, agravada la situación por el descenso de las importaciones de oro.

En ese entorno, abundaron los textos alquímicos: el código granadino firmado por Francisco de Ancona, varios manuscritos catalanes y otras obras citadas por Luanco, entre ellas el código *Paracélsica admirable de la piedra filosofal*, signatura Mss 8336 de la Biblioteca Nacional de Madrid. El texto de Christophoro Parisiense sirve perfectamente de ejemplo para mostrar de qué modo el catolicismo depuró la alquimia de sus originales elementos paganos. El buen alquimista se identifica, sin más, con el buen católico y con ello la alquimia pierde los componentes que la hacían sospechosa a los ojos de la ortodoxia.

Según Christophoro Parisiense, los pecados que impiden la ciencia transmutatoria son la soberbia, la lujuria y la avaricia: «quien sigue esta arte por poder hacerse rico y poder ser carnal no la busque porque jamás la alcanzará... así que debe tenerse gran prudencia contra este pecado porque quien en él cae lo hace en Eterna Condención y por consiguiente se le cierran las puertas de esta deseada ciencia... el hombre a de ser conforme a la voluntad del Señor guardando sus santos mandamientos y apartándose de todos los pecados».

Christophoro Parisiense llega al extremo de considerar que la alquimia se recibe por iluminación, una revelación que Dios otorga a las personas que, por su elevada moralidad, lo merecen: «Debéis entender que Dios no revela esta ciencia a personas imprudentes y lo haría si quisiese que fuese general como lo son las otras ciencias y artes (no lo hace porque) sería de fuerza que todo el gobierno de este siglo se perdiese por la fuerza del oro y la plata». Es decir, como la alquimia concede mucho poder al multiplicar el oro, Dios sólo la revela a los hombres virtuosos y la oculta al resto, para que no hagan mal uso de ella. Y como la monarquía española está convencida de seguir y defender la causa de Dios, considera que por su virtud merece que le sean revelados los secretos del arte transmutatorio. De ahí el interés de la corte de los Austrias por la alquimia, concebida como un instrumento de la lucha que los buenos creyentes mantienen contra los infieles y los reformados. Todo ello justifica el secretismo de las operaciones alquímicas: «la intención de los filósofos no fue jamás manifestarla sino, con todo su estudio, ocultarla».

Si el adepto es presumido, atrevido y jactancioso no conseguirá desvelar los secretos de la alquimia. Tampoco puede ser pobre, pues

necesita dinero para su ensayos y al menos dos años de experimentos. Caso de que domine el arte hermético, conviene mantener el secreto, para que no lo conozcan personas sin escrúpulos, que podrían utilizar el oro contra los intereses de los servidores de Dios. Tampoco debe ser impaciente: «el apresurar de las cosas procede del diablo siempre». El adepto ha de ser prudente y constante y hacer todas las cosas con buena fe y caridad no fingida. En el folio 108 anv se lee textualmente: «Hijo, seáis prudente y en conocer la bondad grande y merced del grande y poderoso Dios nuestro eterno y dejarlo todo en su santa mano para que la gué y la encamine para su santo servicio, y os lleve a gozar de su santa gloria y así no le ofendáis ni os acompañéis con gente de mal vivir para que os gasten su hacienda y el trabajo que habéis tomado a conseguir esta grandiosa obra si Dios fuese servido».

VI. UNA ALQUIMIA CATÓLICA AL SERVICIO DE LOS INTERESES DE LOS AUSTRIAS

La orientación religiosa del autor de la *Summa Menor* se manifiesta en sus citas: Dios en 60 folios, la Virgen en 6, Cristo en 27, el Espíritu Santo en 3, la Trinidad en 4, Santo Tomás en 6, S. Agustín en 2 y S. Francisco, S. Pablo, S. Gregorio y Satán en uno, algo totalmente inusual en las obras de alquimia, procedentes de una religiosidad anterior al cristianismo, a una visión sagrada de la naturaleza que no encuadra correctamente en el ámbito del catolicismo, salvo, claro está, si se procede a cristianizar la alquimia, como así se hizo. La alquimia practicada en El Escorial maquilló la espiritualidad hermética con toques católicos y frecuentes invocaciones a Dios, Cristo y los santos. Además de ello, una vez depurada, se puso sin reparo alguno al servicio de los intereses de los Austrias, en tanto se identificaban con los de Dios. Como brazo armado de Dios, el ejército de los Austrias tenía derecho a que la alquimia revelase sus secretos y aportase el oro necesario para defender la causa de Dios.

El adepto sigue siendo un alquimista, pero un alquimista católico, que debe perfeccionarse y prepararse para hacerse merecedor de la gracia divina, en este caso portador de los secretos de la alquimia para ponerlos al servicio de Su Majestad Católica. Tanto es así que el autor, en la primera parte, explica que se le apareció S. Francisco

como mediador entre él y el Altísimo: «sabe que si no hubiese sido por mis oraciones por las cuales se alcanzó de Dios la remisión de tu perdida gracia se te habría quitado la virtud de jamás por estudio teórico ni práctico poder conseguir tu deseado fin de esta ciencia por lo cual te aviso que el Señor te ha concedido que con el trabajo la gracia de poder hacer esta medicina».

La ciencia alquímica aparece como fruto de la mediación de S. Francisco ante Dios para iluminar a un creyente y hacerle dominar el arte de la multiplicación del oro, fruto todo ello de la gracia divina más que del esfuerzo del adepto. Es un largo camino el recorrido por la alquimia desde sus orígenes paganos hasta esta versión católica practicada en El Escorial, en la que Dios concede el conocimiento alquímico sólo a los buenos creyentes, temerosos de ofender a Dios y decididos a luchar por su causa. Christophoro Parisiense, tras su iluminación y antes de escribir su obra, tomó una disciplina y se castigó para aplacar al Señor: una forma de rechazar la soberbia, de admitir el origen divino de los conocimientos alquímicos y la insignificancia del adepto, un modo de acatar la superioridad de Dios. Hecho esto, «después tornado para mi casa fui donde tenía los aparejos de la dicha arte y hallé todo como en la visión». El autor recibe la ciencia alquímica por decisión divina y a través de la mediación de S. Francisco mientras él, personalmente, duerme. El alquimista como iluminado y elegido por el Señor para servirle. Así planteada, la alquimia pierde todo componente sospechoso y se convierte en un instrumento químico puesto al servicio de los intereses de la política imperial de los Austrias.

VII. CONCLUSIÓN

La alquimia se convirtió en El Escorial en una ciencia que se concede por gracia divina a los hombres justos, piadosos y virtuosos y que se oculta a los necios, soberbios y viciosos. Felipe II, como Monarca Católico, creyó que sin duda era merecedor de que la alquimia le revelase sus secretos, que él deseaba utilizar para, con el oro alquímico, combatir la herejía y los infieles y propagar la fe verdadera. Por todo ello se escribió para el monarca *El Toque de Alquimia*: para reconocer al buen alquimista y no ser engañado por los

embaucadores, a quienes Dios no revela los secretos de la alquimia. Por esto financió ensayos alquímicos, con la esperanza de que Dios le concediese el oro que precisaba para seguir luchando por el Señor. Como Christophoro Parisiense en la *Summa Menor*, esperó ser merecedor de que Dios recompensase su virtud desvelándole los arcanos del Arte de Hermes.

Juan ESTEVA DE SAGRERA
Universidad de Barcelona